



CAPÍTULO XXXIV

El 9 termidor. Triunfo de la reacción

Si Robespierre tenía muchos admiradores que llegaban hasta la adoración, no dejaba de tener enemigos que le odiasen mortalmente, que aprovechaban todas las ocasiones para hacerle odioso, atribuyéndole los horrores del Terror, y hasta trataron de ridiculizarle mezclándole en lo que se decía a propósito de una vieja loca y mística, Catalina Theot, que se hacía llamar «madre de Dios».

Sin embargo, no cayó Robespierre por las enemistades personales; su caída era inevitable porque representaba un régimen que se derrumbaba. Después de haber tenido su fase ascendente hasta agosto o septiembre de 1793, la Revolución entró en su fase descendente, pasando por el régimen jacobino, del que Robespierre fué la expresión más característica; pero ese régimen había de ceder el puesto a los hombres «de orden y de gobierno», a quienes urgía

poner fin a la tormenta revolucionaria, y acechaban el momento en que podrían derribar a los montañeses terroristas sin provocar un levantamiento en París.

Entonces pudo sondearse todo el mal resultante de que la Revolución se hubiera fundado, en materia económica, sobre el enrique-



DETENCIÓN DE ROBESPIERRE, LA NOCHE DEL 9 AL 10 TERMIDOR, AÑO II

cimiento personal. *Una revolución debe tender al bienestar de todos, de lo contrario será necesariamente sofocada por aquellos mismos a quienes haya enriquecido a expensas de la nación. Cada vez que una revolución hace un cambio de fortunas, no debería hacerle en favor de los individuos, sino siempre en favor de comunidades. He ahí precisamente por donde pecó la Gran Revolución: las tierras que con-*

fiscaba a los curas y a los nobles, las dió a los particulares, en vez de dárselas a las ciudades, a las villas y a las aldeas, puesto que antiguamente eran tierras del pueblo, tierras de que los particulares de otras épocas se habían apoderado a favor del régimen feudal. No ha habido jamás tierras originariamente señoriales ni eclesiás-



ROBESPIERRE, SAINT-JUST, COUTHON, HERVIOT DECLARADOS FUERA DE LA LEY

ticas. Con excepción de algunas comunidades frailunas, jamás señor ni sacerdote roturó por sí mismo una arpena de tierra. El pueblo, el siervo, el villano es quien roturó cada metro cuadrado de terreno; es el que le hizo accesible, habitable y productivo; es el que dió a la tierra su valor, y *a él debía haber sido devuelta.*



ROBESPIERRE, HERIDO, EN LA ANTESALA DEL COMITÉ DE SALUD PÚBLICA

Pero con un fin etatista y burgués, la Constituyente, la Legislativa y la Convención reconocieron como pertenecientes de derecho al señor, al convento, a la catedral, a la Iglesia las tierras que esos puntales del naciente Estado se habían apropiado antiguamente; tomaron posesión de esas tierras y las vendieron principalmente a los burgueses.

Imposible de expresar el ansia, la codicia, que se produjo cuando unas tierras, cuyo valor total ascendía a unos quince mil millones, se pusieron en venta en condiciones extremadamente ventajosas para los compradores, y que se hicieron mucho más ventajosas solicitando la protección de las nuevas autoridades locales. Como consecuencia se constituyeron en todas partes aquellas «bandas negras», contra las cuales se estrellaba la energía de los representantes en misión.

Gradualmente, la influencia perniciosa de aquellos usurpadores, reforzados por los agiotistas de París y los proveedores del ejército,



DETENCIÓN DE HENRIOT

remontó hasta la Convención, donde los honrados montañeses se veían desbordados e impotentes para contener a los «aprovechados». En efecto, ¿qué podían oponerles? Aniquilados los rabiosos y paralizadas las secciones de París, ¿qué les quedaba más que el Pantano o el centro de la Convención?

La victoria de Fleurus, obtenida el 26 de junio (8 mesidor) sobre austriacos e ingleses reunidos, victoria decisiva que puso fin por el Norte a la campaña de aquel año, y los triunfos alcanzados por los ejércitos de la República en los Pirineos, en el lado de los Alpes y en el Rhin, lo mismo que la llegada de un transporte de trigo de América a costa del sacrificio de varios buques de guerra, sirvieron de poderosos argumentos a los «moderantistas», a quienes corría prisa entrar en «el orden» —. «¿Para qué el gobierno revolucionario, decían,

puesto que la guerra toca a su fin? Ya es tiempo de entrar en el régimen legal y acabar con el gobierno de los Comités revolucionarios y de las sociedades patrióticas de provincias; ya es tiempo de volver al orden y de cerrar el período revolucionario. »

Pero lejos de ceder, el Terror, generalmente atribuido a Robespierre, no se desarmaba. El 3 mesidor (21 junio), Herman, « comisario de las administraciones civiles, policía y tribunales », muy adicto a



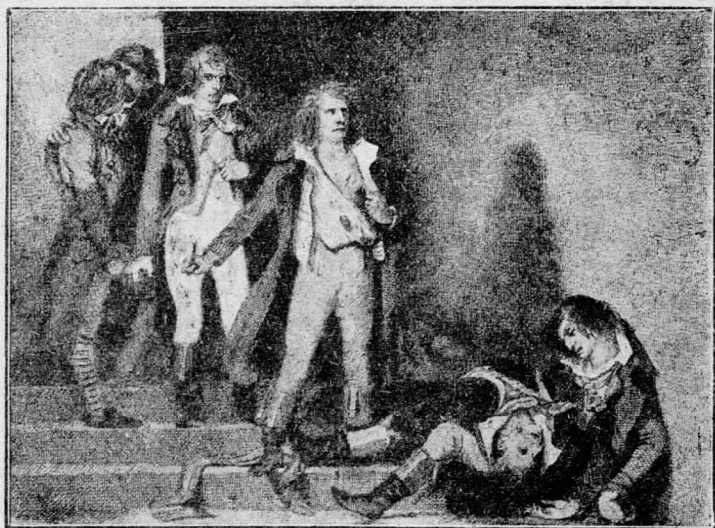
LALLIEN EN 10 TERMIDOR ANUNCIANDO LA MUERTE DE ROBESPIERRE

Robespierre, presentó al Comité de Salud pública un dictamen pidiendo que se le permitiera investigar los complots en las cárceles, y en aquel documento lanzaba la amenaza de que « quizá convendría purgar las cárceles ». La autorización solicitada fué concedida, y entonces comenzaron aquellas horribles hornadas, aquellas carretadas de hombres y mujeres a la guillotina, que los parisienses hallaron más odiosas que las matanzas de septiembre; tanto más odiosas cuanto que no se les veía el fin y se sucedían entre bailes, conciertos y funciones de gala de la clase nuevamente enriquecida, y bajo los insultos de la juventud dorada realista, que cada día se mostraba más agresiva.

Todo el mundo sentía que ese estado no podía durar, y los modera-

dos de la Convención se aprovechaban de él. Dantonistas, girondinos, hombres del Pantano estrechaban sus filas y concentraban sus esfuerzos para derribar a Robespierre, para comenzar. El estado de los ánimos en París favorecía sus planes, desde que el Comité de Salud pública había logrado mutilar los verdaderos focos de los movimientos populares, las secciones.

El 5 termidor (23 julio), el Consejo general del Municipio, en que a la sazón dominaba Payan, íntimo amigo de Robespierre, dió



MUERTE DE ROMME, GOUJON, DUQUESNOY, DUROY, SOUBIANY Y BOURBOTTE

gran golpe contra su popularidad, decretando una medida absolutamente injusta contra los trabajadores: hizo proclamar en las 48 secciones el *máximum* que limitaba los salarios de los obreros. El Comité de Salud pública, como hemos visto, se había hecho impopular en las secciones por haber destruído su autonomía y nombrando por sí mismo los miembros de los comités de muchas de ellas.

El momento era, pues, propicio para intentar un golpe de Estado.

El 21 mesidor (9 julio), Robespierre se decidió al fin a comenzar el ataque contra los conspiradores. Ocho días antes se había quejado en los jacobinos de la guerra personal que se le hacía. A la sazón,

precisaba: atacó levemente a Barère, que hasta entonces había sido dócil instrumento de su facción cada vez que era preciso dar un gran golpe a la Convención; y dos días después se decidió a atacar frente a frente a Fouché, también en los jacobinos, por su terrible conducta en Lyon, obteniendo su proceso por el club.

El 26 mesidor (14 julio) era ya la guerra declarada, puesto que Fouché se negó a comparecer. Atacar a Barère era atacar también a Collot d'Herbois y Billaud-Varenne, lo mismo que a dos miembros



DEPORTACIÓN DE BARÈRE, BILLAUD-VARENNE, ETC., EL 2 DE ABRIL DE 1795

poderosos del Comité de Seguridad general, Vadier y Voulland, que solían reunirse con Barère y se entendían con él sobre los asuntos de los complots en las cárceles.

Entonces, todos los de la izquierda que se sentían amenazados, Tallien, Barère, Vadier, Voulland, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois y Fouché se unieron contra los «triunviros», Robespierre, Saint Just y Couthon. En cuanto a los moderados, Barras, Rovère, Thirion, Courtois, Bourdon, etc., que hubieran querido derribar todos los montañeses avanzados, incluso Collot, Billaud, Barère, Vadier y los otros, debieron pensar que, para comenzar, era preferible no atacar

más que al grupo robespierrista. Derribado éste, pronto se lograría derribar el resto.

La tempestad estalló el 8 termidor (26 julio 1794) en la Convención. El suceso era esperado, puesto que la sala estaba llenísima. Robespierre, en un discurso muy estudiado, atacó al Comité de Seguridad general, y denunció una conspiración contra la Convención, viniendo él mismo a defenderse contra las calumnias. Se defendió de la acusación de tendencias dictatoriales, pero fué duro contra sus adversarios, incluso Cambon, de quien habló, como también de Mallarmé y de Ramel, en términos tomados a los rabiosos, tratándolos de franciscanos, aristócratas y bribones.

Se esperaban sus conclusiones, y cuando llegó a ellas se vió que en el fondo pedía simplemente un aumento de autoridad para sí y para su grupo, sin ninguna idea nueva, ni nuevo programa, resultando un hombre de gobierno que solicita más poderes aún para castigar.

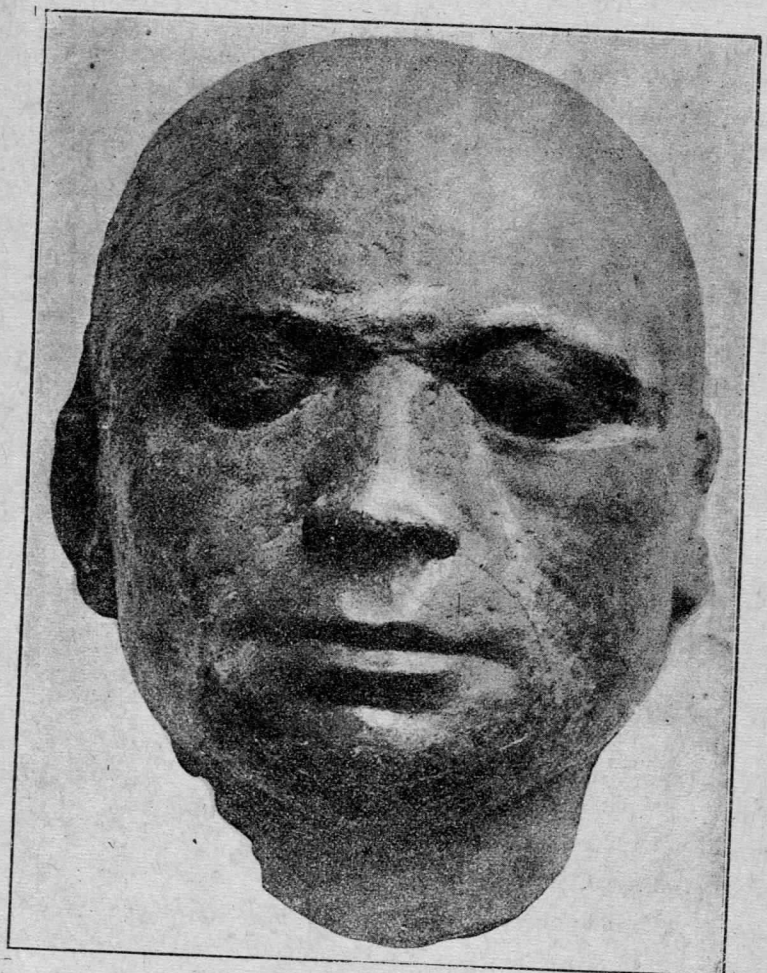
«¿Cuál es el remedio al mal? decía en su conclusión. *Castigar a los traidores; renovar los cargos del Comité de Seguridad general; depurar ese Comité y subordinarle al Comité de Salud pública; depurar el mismo Comité de Salud pública; constituer la unidad de gobierno bajo la autoridad de la Convención Nacional, que es el centro y el juez.* »

Se comprendió que se limitaba a pedir más autoridad para su triunvirato, para usar de ella contra Collot y Billaud, Tallien y Barère, Cambon y Carnot, Vadier y Voulland. Los conspiradores de la derecha debían frotarse las manos: no tenían que hacer más que dejar seguir el impulso a Tallien, Billaud-Varenne y los demás montañeses.

En la noche de aquel mismo día el club de los Jacobinos cubrió de aplausos el discurso de Robespierre y se manifestó furioso contra Collot d'Herbois y Billaud-Varenne. Hasta se pensó en marchar contra los dos Comités de Salud pública y de Seguridad general; pero todo quedó en palabras. El club de los Jacobinos no fué nunca foco de acción.

Durante la noche, Bourdon y Tallien adquirieron el apoyo de los convencionales de la derecha. El plan convenido, según parece,

consistió en no permitir que hablaran Robespierre ni Saint-Just. Al día siguiente, el 9 termidor, cuando Saint Just quiso leer su dictamen, muy moderado, puesto que sólo pedía una revisión de los



MASCARILLA MORTAL DE ROBESPIERRE

procedimientos de gobierno, Billaud-Varenne y Tallien no le dejaron leer, pidiendo que se prendiera al «tirano», es decir, a Robespierre, y los gritos *abajo el tirano* se repetían en todo el Pantano. Tampoco se dejó hablar a Robespierre, y se decretó su acusación, la de su her-

mano Saint-Just, Couthon y Lebas, siendo conducidos a cuatro cárceles diferentes.

Entre tanto, Hanriot, jefe de la guardia nacional, seguido de dos edecanes y de gendarmes, galopaba por las calles dirigiéndose hacia la Convención, cuando dos representantes, viéndole pasar por la calle de Saint-Honoré, le hicieron prender por seis gendarmes de su misma escolta.

El Consejo general del Municipio no se reunió hasta las seis de

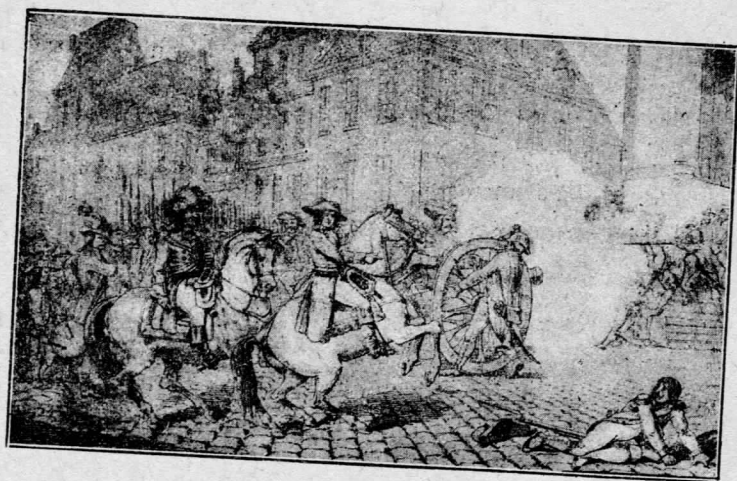


HEROISMO DE LA TRIPULACIÓN DE «EL VENGADOR»

la tarde. Lanzó una proclama al pueblo, invitándole a sublevarse contra Barère, Collot, Bourdon y Amar, y envió a Coffinhal para libertar a Robespierre y sus amigos, a quienes se creía detenidos en el Comité de Seguridad general. Coffinhal sólo encontró a Hanriot, a quien libertó en efecto. En cuanto a Robespierre, que fué conducido al Luxemburgo para ser allí encarcelado, no fué allí recibido, y, en vez de ir directamente al Ayuntamiento y lanzarse a la insurrección, permaneció sin hacer nada en la administración de la policía, en el muelle de los Orfèvres. Saint-Just y Lebas, libres de su prisión, fueron al Ayuntamiento, pero Coffinhal, enviado por el Ayuntamiento

para buscar a Robespierre, se vió obligado (hacia las ocho) a conducirlo al Hôtel de Ville.

El Consejo del Municipio se declaraba en insurrección, pero era evidente que las secciones no se determinaban a sublevarse contra la Convención en favor de aquellos a quienes acusaban de haber guillotinado a Chaumette y Hebert, haber matado a Jacques Roux, destituido a Pache y aniquilado la autonomía de las secciones. Además, París debía sentir que la Revolución moría, y que los hombres



EL SUCESO DE LA IGLESIA DE SAN ROQUE EL 13 VENDIMIARIO

para quienes el Consejo del Municipio llamaba al pueblo a la insurrección no representaban ningún principio de revolución popular.

A media noche las secciones no se habían movido. Todas se hallaban divididas, dice Luis Blanc; sus Comités civiles no concordaban con sus Comités revolucionarios ni con las asambleas generales. Las catorce secciones que obedecieron primeramente al Ayuntamiento no hacían nada, y diez y ocho secciones, seis de las cuales eran vecinas del Hotel de Ville, le eran hostiles.

Los hombres de la sección de Jacques Roux, los Gravilliers, fueron el núcleo principal de una de las dos columnas que, por

orden de la Convención, marcharon contra el Hôtel de Ville (1).

Entre tanto, la Convención declaraba a los insurrectos y al Ayuntamiento «fuera de la ley», y cuando ese decreto se leyó en la plaza de Greve, los artilleros de Hanriot, situados en aquella plaza sin hacer nada, fueron retirándose uno a uno. La plaza quedó desierta y el Hôtel de Ville fué pronto invadido por la columna de los Graviillers y de los Arcis. Entonces un gendarme joven, que penetró el primero en la sala donde Robespierre y sus amigos estaban reunidos, le disparó un pistoletazo y le rompió una mandíbula. El centro mismo de la resistencia, el Hôtel de Ville, estaba invadido sin lucha. Entonces Lebas se mató, Robespierre menor procuró matarse tirándose desde el tercer piso; Coffinhal cogió a Hanriot, y, acusándole de cobardía, lo lanzó por la ventana; Saint-Just y Couthon se dejaron prender. Al día siguiente por la mañana, tras una simple diligencia de identidad, fueron todos ejecutados en número de veintiuno, después de hacerles pasar un largo trayecto hasta la plaza de la Revolución bajo los insultos de la multitud contrarrevolucionaria. El «gran mundo» acudió para gozar del espectáculo, como a una fiesta, más aún que el día de la ejecución de los hebertistas. En la ruta del cortejo se alquilaban las ventanas a precios fabulosos. Las damas asistían vestidas con suprema elegancia.

La reacción triunfaba. La Revolución había tocado a su fin.

Detengámonos aquí, sin relatar las orgías del Terror blanco, que comenzaron después de termidor, y las dos tentativas de insu-

(1) Las secciones, dice M. Ernesto Mellié, «no conducían ya, sino seguían dócilmente a sus comités, cuyos miembros dependían de los comités de Salud pública y Seguridad general de la Convención. La política se hacía fuera de ellas... se llegó hasta prohibirlas intitularse asambleas primarias: el 20 floreal año II (9 mayo 1794) una carta del agente nacional del Municipio (Payan, que reemplazaba a Chaumette) les dijo que bajo un gobierno revolucionario no había asambleas primarias... Lo cual era recordarles que la abdicación era completa» (págs. 151, 152). Después de haber referido las «depuraciones» consecutivas que las secciones sufrían para hacerse aceptar por los Jacobinos (p. 153), M. Mellié concluye con estas palabras: «Michelet tiene, pues, razón para decir que en aquella época las asambleas de las secciones eran muertas, y que todo el poder había pasado a sus comités revolucionarios, los cuales, nombrados por la autoridad, tampoco tenían gran vida» (págs. 154, 155). — En el 9 termidor (Ernesto Mellié ha encontrado la prueba en los archivos) en casi todas las secciones, los comités revolucionarios estaban reunidos *para esperar las órdenes del gobierno* (p. 169). No es extraño, pues, que las secciones no se movieran contra los termidorianos.

rrECCIÓN contra el nuevo régimen: el movimiento de pradiel año II, y la conspiración de Babeuf en el año IV.

Los adversarios del Terror, los que hablaban siempre de clemencia, la querían solamente para sí y para los suyos, y se apresuraron ante todo a ejecutar los partidarios de los montañeses vencidos.



BONAPARTE EN EL CONSEJO DE LOS QUINIENTOS

(Cuadro de Bouchot)

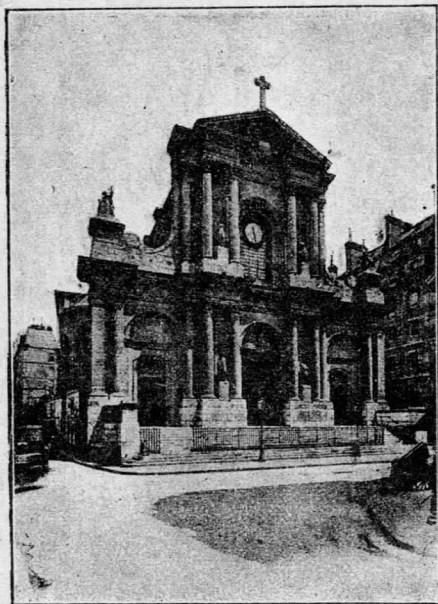
En tres días, los 10, 11 y 12 termidor (28, 29 y 30 julio) hubo ciento tres ejecuciones. Las denuncias procedentes de la clase media, abundaban, y la guillotina funcionaba de nuevo, esta vez en beneficio de la reacción. Del 9 termidor al 1.º pradiel, en menos de diez meses, se decretó la prisión o la sentencia de muerte de 73 representantes montañeses, en tanto que los 73 girondinos volvían a la Convención.

Había llegado el turno de los verdaderos «hombres de Estado».

En seguida se abolió el *máximum*, lo que produjo una crisis violenta durante la cual el agio y la especulación alcanzaron proporciones gigantescas. La burguesía celebraba la fiesta, como la celebró después en junio de 1848 y mayo de 1871. La juventud dorada, organizada por Freron, dominaba en París, en tanto que los trabajadores, viendo la Revolución vencida, volvieron a sus tugurios discu-

tiendo las probabilidades de la próxima conmoción.

Intentaron un levantamiento el 12 germinal año III (1.º abril 1795) y el 1.º pradiel (20 mayo), pidiendo pan y la Constitución de 1793. Los suburbios se levantaron esta vez con decisión; pero la fuerza burguesa había tenido tiempo de organizarse, y los «últimos montañeses», Romme, Bourbotte, Duroy, Soubrany, Goujon y Duquesnoy fueron condenados a muerte, abolido ya el tribunal revolucionario, por una comisión militar y ejecutados.



ESTADO ACTUAL DE LA IGLESIA
DE SAN ROQUE

La burguesía dominaba como dueña de la Revolución y la fase descendente continuaba. La reacción se manifestaba francamente realista. La *tropa dorada* no se ocultaba ya: llevaba ostensiblemente el traje gris y la coleta verde o negra, de los *chuanes* y maltrataba a cuantos denominaba «terroristas», es decir, a todos los republicanos, haciéndose la lucha al por menor y mayor: todo el que había contribuido a la ejecución del rey o a su detención cuando la huída de Varennes, o había participado en el asalto de las Tullerías era denunciado a todos los realistas y la vida se le hacía imposible.

En los departamentos, sobre todo en el Mediodía, las «Compañías

de Jesús», las «Compañías del Sol» y otras organizaciones realistas se entregaban a las represalias en masa. En Lyon, en Aix y en Marsella se degollaba en las cárceles a cuantos habían sostenido el régimen precedente. «Casi todo el Mediodía, dice Mignet, tuvo su 2 de septiembre», es decir, su 2 de septiembre realista. Y a la vez que a las matanzas en masa, los nombres de las Compañías de Jesús y del Sol



JOURDAIN EN LA BATALLA DE FLEURUS

(Cuadro de Mauzaisse)

se dedicaban a la caza del hombre. En Lyon, cuando encontraban un revolucionario por ellos designado a la muerte y que se les había escapado, le mataban y le tiraban al Ródano sin otra formalidad. Lo mismo hacían en Tarascón.

La reacción iba ascendiendo, y por fin el 4 brumario año IV (26 octubre 1795) la Convención se separó. Le sucedió el Directorio, para preparar el Consulado y después el Imperio. El Directorio fué la bacanal de la burguesía, que derrochaba en un lujo desenfrenado las fortunas adquiridas durante la reacción de termidor; hasta el punto de que si la Revolución había emitido hasta el 9 termidor unos

ocho mil millones de asignados, la reacción termidoriana decuplicó la emisión, elevándola en *quince meses* a la cantidad tremenda de *treinta mil millones de asignados*. Son incalculables las fortunas adquiridas por los «aprovechados» a consecuencia de esas emisiones.

Todavía otra vez, los revolucionarios comunistas, conducidos por Babeuf, intentaron en el año IV (mayo de 1796) una insurrección preparada por su sociedad secreta; pero fueron presos antes de estallar la insurrección. La tentativa de sublevar el campo de Grenelle en la noche del 23 fructidor año IV (9 septiembre 1796) fracasó también. Babeuf y Darthé fueron condenados a muerte y se mataron el uno al otro de una puñalada (7 pradiál año V). Pero los realistas también fracasaron el 18 fructidor año V (4 septiembre 1797), manteniéndose todavía el Directorio hasta el 18 brumario año VIII (9 noviembre 1799).

Aquel día hizo su golpe de Estado Napoleón Bonaparte, y la representación nacional fué definitivamente suprimida sin frases, por el ex-descamisado que se había apoderado del ejército. La guerra, que duraba ya siete años, llegó a su conclusión lógica. El 28 floreal año XII (18 mayo 1804), Napoleón se hizo proclamar emperador, y comenzó la guerra para prolongarse, con cortos intervalos, hasta 1815.

